



JOSE BERROETA. A PARTIR DE LA MUERTE. LA VIDA

La materia de la poesía es la vida y la muerte. Es el tiempo removido desde el pasado y el futuro para ubicarlo en un lugar distante al tiempo mismo. Es el reencuentro con el olvido, por aquello que tanto hemos citado de Giovanni Quesep, que "contar es ir al olvido", pero "contar" en poesía. No es más que sumergirse en las aguas del río que corre por el centro del planeta que somos para extraer extrañas piedras donde se dibuja el alma estigmatizada por la alegría o por el dolor, por la amargura o por la risa, por el festín o por rito tanatónico.

Para que la emoción puede convertirse en vida iluminada por la propia sensación de vida, ha de tener un reencuentro en el mundo interior del hombre, en su bosque de cosas. Si así sucede, la emoción se revive y el punto culminante de esa nueva vida emocionada es la poesía como acto vital, como conducta sensible. El poeta y crítico Armando Romero cita a Juan L. Ortiz, ese grandioso y glorioso poeta argentino, en una referencia sobre la poesía: "La poesía es la realización del estado de infancia que debe permanecer a través de todas las edades del hombre. Y llamo estado de infancia a esa frescura, sensibilidad, disponibilidad, a esa apertura hacia todo lo que aparece; hacia todo, lo que parece viejo y es nuevo. Hasta la materia misma puede acceder a lo que llamamos vida, y la poesía es el descubrimiento de esa vida de la materia, el descubrimiento de la realidad interior de las cosas".¹ Esa búsqueda y encuentro de la infancia del alma, del tiempo como detenimiento momentáneo y eterno, no detención, lo vamos a encontrar en "Arte de Anocher", último libro de poemas de José Barroeta. (Monte Avila.

Caracas, 1975). Aquí encontraremos como la muerte se revive y como la vida se renueva.

Cuarenta poemas, sobrios y serenos, serenamente emocionados, componen la obra que se divide en tres partes, (Del Padre y los Meses, Fluvial, y Campos de Naípe y de Conejos), y que fuera premiada en el certamen Premio Literario Pro-Venezuela, mención poesía, de 1974. En los textos, limpios, claros y elaborados con buen puño y mejor alma, José Barroeta nos da el testimonio de su furioso vivir sobre la muerte para ascender después hacia la vida. Poesía lúcida y alucinada, reencuentro con la profecía más antigua, reconquita del fuego arrebatado.

Aguijoneado por el dolor al comienzo, rodeado por una solitaria compañía de recuerdos donde la muerte es el común denominador, el poeta va desentrañando de sus laberintos y esperanzas las nuevas formas de vivir. Recorre todo un universo hacia la vida. En dos poemas de la última parte del libro encuentro la huella que remarca la esperanza, Campos de Naípe y de Conejos, y Gran País.

Renacido dejamos al poeta cuando cerramos el libro entre las manos, fiel al dolor lejano de su padre muerto, pero más fiel al día que lo aproxima a los primeros rayos del sol, al dulce volar de las abejas.

P. Parayma

SELECCION DE POEMAS.

OCULTO

A qué oficio debo someterme;
a qué luna de las siete que vuelan
sobre la cerviz de mi padre vivo
debo festejar.
Qué oro debo dar a la muerte
si no hay abismo debajo de mí
ni más arriba
sino en mí todo encerrado como en los
frutos.
Algo me oculta,
quizás la inclinación perversa de quedar
en el bosque amarillo donde me crié,
en el azul nervioso de los cerros.

116

MONTES DE LECHE

En los senos de mi hermana
hay bosques presentes.
En sus senos viven los conejos,
junio,
abril,
y marzo
y la
melancolía de morir.
En sus senos hay agua,
fiestas,
bautismos,
palomas torcaces
y actos de fe en desorden.
Una mentira podría morir en los senos

de mi hermana en junio
porque ellos tienen a abril y a marzo
para conjurarla
y abren tanta cosa a la vida
que son de verdad
en la melancolía de morir.
En sus senos hay agua,
fiestas, bautismos,
palomas torcaces
y pájaros pintados sobre mi cabeza.
Hay almohadas en ellos,
ovarios y peligros de octubre
que se mueven como las hojas
y crisis de infancia destruidas
en mí.
Hay bosques de alcohol de monte a monte
y una gran fiesta siempre,
actos de fe en desorden
y la melancolía de morir.

EN LA MAÑANA

117

A Miyó Vestrini.

Hay sol.
La leche de mi padre baja del cadáver
al aire.
Una leche onírica,
en estado de coma
derriba el brillo del verano en su inicio,
dobla blancas las rosas donde se posa
el pájaro.
Hay sol.
Mis hermanos como polluelos
comienzan a abrir espacios en la
tierra tímida.
Hay sol.
Yo voy en el carro de los muertos
con flores de noviembre
y leche de mi padre en la cara.

NOVIEMBRE

A Mario Abreu

Vamos a buscar a mi padre,
noviembre.
Tengo el cuerpo lleno de manzanas
y puedo salir con tu nombre de mes
a las colinas,
esperar que salgan los astros
y no lleven a él,
a su cabeza negra perdida en el fango.
Vamos por las casas,
donde tu claridad noviembre
asusta a las mujeres
a buscar a mi padre en el fondo de la sopa
que hierve.
Entremos al cadáver por los huecos de oro
que abren los conejos
y miremos cómo te posas tú en ellos noviembre
próximo a los ojos de la convulsión animal.
No dejes casa sin rastrear
ni río ni piedra ni arboleda
métete por toda la hondonada
por toda piel noviembre
y llévame a los sitios calurosos del muerto.
Deja tu laboriosa claridad de abeja como símbolo
de que en cualquier lugar está mi padre muerto
nutrido de ese amor que pongo a la noche cuando
lo busco.
Déjame fijo y sin herida,
claro
como la mujer que vive en mi cuerpo,
mientras yo preparo el retorno al cielo del cadáver
que busco
y que se agita misterioso en dios como el primer movimiento
que se hizo sobre el mundo,
veloz, fértil como el padre muerto
que busco noviembre contigo.

ORIGENES

Oh alba que tenías tanto pájaro.
Era por ti alcohol de hojarasca el que
bebíamos.
Era por tí, ahora lo comprendo,
como llegamos desde un mismo sitio
a
la
muerte.

CAMPO DE NAIPE Y DE CONEJOS

Bienvenida a mi boca
al astro de mi paladar
pequeña y grande abeja.
Conocida en pleno verano,
cuando lejos de mis amigos
huía desolado a cádiz en busca de cristóbal
colón,
mi gran hermano del agua y del viento antiguos
que se aposentaban en mi carne como un mullar de carabelas
recién disparadas a la tierra de gracia por las nubes.
Bienvenida, bienvenida mía,
a esta tierra prohibida durante siglos
por los teólogos,
pero que mantuvo el reflujó del cielo doméstico
en mis ojos
mientras mi padre
y mi madre
madre
hacían el amor en un lecho
de rosas.

Bienvenida
como los cometas que salen del paraíso,
que bajan como tú
alzando las manos semejantes al pavo real
que custodiaba la ruina delirante del santo de asís
en la niebla de oviedo.

Semejante tú
al vuelo del pájaro que asedia la atmósfera,
a la herida roja de mi país en el amanecer.
Bienvenida abeja
al cáliz del granado que cultivo para ninguna guerra.
Bienvenida a este mi país,
mi casa,
mi día de ayer y de hoy.
Bienvenida al fluir de los ríos,
al arca de noé,
al vientre de mis hijas,
al poema de las praderas rojas,
a la luz de la biblia,
a los campos de naipes y de conejos.
Bienvenida porque soy un delirante
que ando vestido de boscajes.
Bienvenida,
porque el día de verano deja olor a sirenas,
a pastos de la luna de Málaga.
Yo soy el cofre:
me llaman el hijo de la copa de huesos de la
pandilla de lautrémont.

